

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, junio de 1954

Núm. 1024

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".
(Jesucristo a sus discipulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

LA MUERTE DE UN HIJO

¡Hijo de mi corazón! clamaba sin cesar una pobre madre, junto a la cuna de su hijo, viéndole morir poco a poco, sin hallar un remedio para salvarle.—¡Hijo de mi corazón!—repetía—¡Tus ojitos van cerrándose para no abrirse más, y mi vida se acaba conforme termina la tuya! ¿Cómo podré vivir sin tí, hijo mío? ¿Qué será de mí cuando ya no me mires más, cuando tus bracitos, helados ya, no puedan abrazarme, y tu boca fría ya no responda a mis besos? ¡Hijo mío, hijo mío, si tu mueres yo no podré vivir!

El niño abrió sus ojos moribundos, y miró a su madre por última vez. Aquella triste mirada de despedida se clavó tan honda en el corazón de la madre, que, como si hubiese sido herida en lo más profundo de su ser, se alzó loca de dolor, dando terribles y lastimeros gritos.

Enfrente tenía una imagen de Cristo crucificado a cuyo pie la Virgen María lloraba como ella. Ante aquella sagrada imagen había suplicado noche y día, pidiendo la vida de su hijo.

—¡Salvadle, Madre mía!—decía;—¡Salvadle y quitadme a mí la vida si queréis. Que viva él, aunque muera yo; no puedo vivir sin él. Es mi consuelo, mi alegría, mi esperanza. Concededme su vida, que es lo que más amo en el mundo.

Ante aquellas súplicas las piedras parecían ablandarse, y sin embargo, el cielo, duro como el bronce, no cedía. La imagen muda del Cristo santo, revestida de tristeza, parecía no oír aquellos fervientes ruegos. La Virgen seguía llorando al pie de la cruz, y la madre seguía pidiendo y pidiendo sin llegar jamás a conseguir.

El dolor enloquece, y aquella madre infeliz, cansada de suplicar y arrebatada por la pena, trocando en fiero despecho su dolor profundo... —¡Basta!— exclamó.—No te pido más, imagen de Jesús, que no me atiendes; no te pido más, pues parece que mis dolores te son indiferentes. Parece que tu pecho es de piedra, Virgen María y no me escuchas. Tú que fuiste madre y tanto padeciste, no oyes a esta madre que padece.

Quando la infeliz calló, el viento silbó con fuerza, y el aliento de su hijo, apagándose por momentos, anunció el instante fatal. Una nube de sangre pasó, como un velo fúnebre, por los ojos de la madre. Irguióse de repente, y agarrando con rápido movimiento el cuadro del Crucificado, lo volvió de espaldas dejándole así colgado, para no verlo más. Aquello era venganza de una loca. Una fiera expresión de despecho se pintó en su semblante; pero inmediatamente su rostro se transformó por completo; cubrióse de una palidez mortal, y con los ojos desencajados y las manos extendidas, exclamó:

—¿Qué veo, Dios mío, qué veo? ¡Mi hijo subiendo una escalera, mi hijo en un patíbulo, mi hijo ajusticiado! ¿Qué veo, Dios mío?

En efecto, sobre el respaldo del cuadro, inmensamente agrandado, se divisaba otro cuadro aterrador. Aquel niño era ya hombre, y cubierto con una hopa amarilla, se dirigía al banquillo del cadalso, para sufrir la pena de garrote vil.

—He aquí—dijo una voz que parecía salir de la parte del cuadro que miraba a la pared—, he aquí, madre ingrata, lo que tus súplicas reservaban a tu hijo: la muerte afrentosa y horrible de los asesinos.

La madre no pudo más y cayó desmayada.

Quando despertó, el niño no estaba ya en la cuna; había volado al cielo.

Un torrente de lágrimas empezó a correr por las mejillas de aquella que momentos antes había ofendido al Dios de bondad y de misericordia; pero aquellas lágrimas estaban ya endulzadas por la resignación, y Dios hacía descender sobre su corazón arrepentido los primeros halagos de la esperanza y del consuelo.

Nada permite Dios en vano, y mucho menos permite que el dolor desgarrar las entrañas de los hombres sin un fin tan grande y tan bueno, como profundos y amargos son nuestros pesares.

Si pudiéramos leer a través de lo porvenir las consecuencias de lo que en nuestra ciega ignorancia tenemos por bueno y provechoso para nosotros, nos aterrariamos muchas veces; y en cambio, si pudiésemos apreciar el fruto que algún día hemos de recoger de lo que consideramos como desgracias nuestras, bendeciríamos esas desgracias como dones preciosos de la divina Providencia.

Sin embargo, esto sucede pocas veces.

¿Por qué?

Porque carecemos de fe, de esa fe viva que engendra la esperanza, y que, junto con ella, hace llevaderas todas las penas del mundo.

Así castiga Dios nuestra desconfianza y nuestra ingratitud.

En la leyenda que narramos, aquella madre vió en el dorso del cuadro el porvenir que esperaba a su hijo. ¿Quién nos ha dicho a nosotros que lo que deseamos conseguir, como suceso feliz, no tiene reservado un negro y fatal desenlace? ¿Quién nos ha dicho que lo que pedimos con anhelo, considerándolo como un gran bien, no llega a convertirse en un gran mal?

Esa idea, unida a la que debemos tener de la bondad y sabiduría de Dios, que como tal, sabe siempre lo que nos conviene, debe llenarnos de grandísima confianza.

Trabajemos un día y otro día, puestos siempre los ojos en la verdad y en la justicia, y estemos seguros de que cuanto nos suceda será para nuestro bien. Así lo tiene prometido Jesucristo, y así se cumplirá al pie de la letra.

A. C.

El martirio de San Pedro

El cristianismo creció y floreció en Roma al principio sin que la política atajase su progreso. El emperador Claudio expulsó a todos los judíos y por lo tanto hubieron de salir de Roma todos los cristianos de nacionalidad judía y entre ellos Pedro. Pero el año 56 en que llegó a Roma Pablo, habían vuelto a entrar en la ciudad los judíos y cristianos expulsados y nadie los inquietó hasta que Nerón perdió los estribos hacia el año 64 y mandó incendiar la

ciudad, catalogando este hecho entre sus incontables monstruosidades.

Para acallar el dolor y la indignación popular que provocó esta catástrofe, alguien sugirió al emperador la idea de achacar el crimen a los cristianos, y durante tres días fueron muertos en Roma gran número de cristianos. El golpe se repitió en Milán, en Aquilea y varias provincias.

En el suplicio de las víctimas se desplegó un lujo de barbarie nunca visto. Nerón halló la manera de dar a las escenas de martirio una variedad que halagaba los feroces instintos del populacho. Abrió al público sus jardines del Vaticano y allí, metidos los cristianos en pellejos de animales, fueron entregados a la voracidad de furiosos perros. Muchos otros fueron crucificados y cuando llegó la noche, se encendieron a lo largo de las avenidas del jardín altas antorchas que no eran otra cosa que cristianos clavados en altos postes y bañados de cera y pez. A los resplandores de tan siniestra luminaria se paseaba el emperador, entre las oleadas del pueblo maravillado, que prorrumpía en aplausos. Tan horroroso fué aquel suplicio, que Tácito, enemigo declarado de la religión nueva, acabó por sentirse conmovido y lo dejó así expresado en sus escritos.

Desde entonces, suspendida la espada sobre la cabeza de los cristianos, hubieron de ocultarse, abandonando la plaza pública y se refugiaron en las catacumbas.

Un año después regresó Pablo de sus viajes por Occidente, y al cabo de poco tiempo fué detenido y encarcelado por predicar la nueva religión.

Dice la leyenda que, huyendo de la tempestad, salía un día el apóstol Pedro, retirándose de Roma, cuando a la puerta de la ciudad encontró al Salvador como si a ella se dirigiese. Avivado su antiguo celo humano por el Maestro y viendo que se iba a meter en aquel avispero horrible que era Roma a la sazón para todos los cristianos, como si quisiera avisarle del peligro, le preguntó entre sorprendido y alarmado:

—¿A dónde vas, Señor?—(¿Quo vadis, Dómine?).

Y Jesús le contestó con tristeza:

—Voy a Roma a ser crucificado de nuevo.

Comprendió muy bien el apóstol lo que quería decirle con esto y acordándose de que el Señor le había pronosticado antes y después de resucitar, de qué muerte moriría, Pedro volvió a entrar en la ciudad y se dispuso para el martirio.

No tardó en ser detenido y aherrojado en la cárcel Mamertina, donde Pablo esperaba la misma suerte. Una sentencia dada el mes de junio del 67 por el liberto Helio, digno representante de Nerón, que por aquel entonces estaba en Acaya, disponía que Simón Pedro, galileo, jefe y cabeza de la religión proscrita de los cristianos, y Pablo, judío de Tarsis y ciudadano romano, padecieran muerte el día tres de las calendas de julio, o sea, el 29 de junio.

De conformidad con la ley romana, hubo de sufrir Pedro la pena de flagelación que precedía siempre a la de la muerte. El fúnebre cortejo, formado por una escolta de soldados y numeroso grupo

de cristianos, que arrostrando el peligro quisieron acompañarle, atravesó el Tíber por el puente Triunfal, y por el barrio de la Naumaquia y los jardines de Nerón se dirigió hacia el circo de Calígula, en cuyas inmediaciones esperaba el instrumento del suplicio.

Dicen que al verlo rogó Pedro a los ejecutores que le clavarán de cabeza abajo, por no corresponder al discípulo igual honor que al Maestro. Su deseo fué cumplido, y en aquella modesta actitud, a la edad aproximada de 80 años, entregó su alma para seguir viviendo en cada uno de sus sucesores hasta la consumación de los siglos.

Pedro había dado con su vida testimonio de la verdad evangélica y con su muerte inauguró el destino de la nueva Jerusalén.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

... Y con la Ascensión del Señor a los cielos, se acabó la vida de Jesús de Nazaret en este mundo.

Hasta el último momento hemos oído sus consejos. Los hechos demostraron su divinidad. Su doctrina había sido sembrada por todos los caminos, y los discípulos, inspirados por el Espíritu Santo, recorrerían la tierra y atravesarían los mares, para dar cuenta a todos de la doctrina salvadora.

—Señor, ¿vas ya por fin a restaurar el reino de Israel?, le preguntaron, todavía, en los últimos momentos, a Jesús de Nazaret, sus discípulos que le rodeaban, momentos antes de su ascensión a los cielos.

Y desde aquel momento, los ojos humanos no volvieron a contemplar más la grata visión de Dios hecho hombre.

¡Qué afán tiene el hombre de dominar, de ser dueño, de ser poderoso, de tener, de poseer!

Es justo el interés del padre de familia por preocuparse del bienestar de sus hijos, de poder hacer de ellos hombres de provecho, de educarlos convenientemente y hasta de mejorar su posición social; pero sin exagerar las ambiciones humanas, sin ir más allá de lo que corresponde a un bienestar que permita vivir con las necesidades cubiertas y atendidas, también en lo posible, las necesidades espirituales.

Y si Dios nos ha dado muchos bienes materiales, preocupémonos de administrarlos lo mejor posible para que de ellos puedan beneficiarse muchos, limitándonos nosotros a vivir honestamente, sin exagerar las comodidades, teniendo constantemente presentes las necesidades ajenas, llegando con la caridad discreta a todos los rincones y siendo justos, extraordinariamente justos, en el pago de los servicios que se nos prestan.

Podemos hacer mucho bien con los bienes que Dios nos ha concedido; pero tengamos siempre presente que son las riquezas muy peligrosas y que Dios, vigila muy atentamente la administración de esos bienes en nuestras manos.

El pobre con su gran resignación cristiana y el rico con sus bienes, pueden ganar muchos méritos ante Dios. Sin em-

bargo, le será más difícil al rico ser justo ante los ojos divinos, que al pobre ser grato, con su mansedumbre y su fe cristiana, para quien habló un día desde la montaña de Judea, dejando caer sus palabras sobre su entristecido corazón, como bálsamo que acaricia y conforta.

No nos esforcemos en conquistar honores ni riquezas. Todo habrá de pasar con los años y será nuestro mayor dolor y nuestra gran preocupación, haber logrado, tal vez, no muy honradamente los bienes terrenales. Al final de nuestra vida, siempre corta, procuremos llegar con una gran paz en la conciencia. Para eso vivamos todos los días, como si estuviere muy próximo el fin, evitando toda ofensa a Dios y al prójimo, y ofreciendo constantemente tantas inquietudes, molestias, incomodidades, trabajos, preocupaciones como nos rodean de continuo, como contrapartida del mal que pudiéramos haber hecho, y habremos ganado algo todos los días para bien de nuestra alma.

No perdamos de vista, que estamos de paso y Alguien nos vigila constantemente, y ante ese Alguien, nos tendremos que presentar para dar cuenta de nuestra vida y de nuestros más íntimos pensamientos.

Hagamos por nuestra parte cuanto podamos y confiemos en la justicia y la misericordia de Dios.

Su reino, ha dicho muchas veces Jesús de Nazaret, no es de este mundo; luego hemos de conquistarlo porque en él la justicia de Dios no será como la justicia de los hombres.

R.

CARTA DE LA VIEJA

Sabrás que ya han echao las amonestaciones a tu prima la Felisa y que se casa pa cuando el tío Miguel termine con el trigo. Tienes que traerla cuando vengas de permiso un regalo y así te lo encargo que sea bonito y de servicio pa la su casa. Y te mando cinco duros; lo que te sobre te lo traes en queso como el de la otra vez, que nos gustó a todos como si fuera de mesa de príncipes. Tú cúdate y no dejes de escribir y ya me enviarás a decir si necesitas algo. Sé bien mandao y dime si comes a gusto.

Sabrás que hemos alquilao la casa de arriba porque han venido hogaño muchos veraneantes y empezaron a ofrecernos y a ofrecernos y venga a decirnos tanto, que ni padre ni yo quisimos desperdiciar una ocasión asina.

Pero con todo y con eso a mí me da que no son gente de ley, porque de los veraneantes no habemos aprendido mucha cosa buena en este pueblo. Y aunque pagan a punto el gasto que hacen, aluegan y enseñan a las muchachas unas costumbres que no pue ser que nos lleven a na bueno. Fijate que ir a misa los domingos sí que van cuasi todos y además entre todos le han pagao este año al señor cura las andas pa el Cristo Santísimo, que las estrenará pa la feria de septiembre en la procesión grande, y endespues de eso han hecho en los campos del tío Cosme el

Remirao, allá por cima las eras, una charca que le llaman la piscina ande van a bañarse sin reparo ninguno y lo mesmito que si no tuvieran vergüenza. Las chicas de aquí, la Antonia, tus hermanas, la Virtudes, la Engracia y todas al principio lo miraban mal, pero ahora ya se ríen. Y a mí no me gusta que empiecen a reírse.

Sabrás también que por las tardes, en los hoteles de la colonia hacen baile sin parar y han traído una música que le dicen la orquestina y toca pa que bailen y los mozos se van allí y en el pueblo abajo nos quedamos los más viejos na más. A mí eso no me gusta pero me dicen las chicas que no es malo y que los señoritos saben más que nosotros y que estábamos atrasados. Yo creo que era mejor.

Ahora han venío dos autobuses pa irse mañana de excursión al Collao los veraneantes mozos y las muchachas. Y andan preparando los avíos y a padre le han pedío los que están en la casa nuestra que les deje el caldero de los pastores con que pa hacer no se que de la comida. Y dicen que se van tempranico a las seis y a mí se me antoja que en siendo fiesta eso no debe hacerse porque primero es la misa que don Rafael dice la primera a las siete y media. Y yo veo que los señoritos no saben tanto porque de cumplir con Dios en el pueblo siempre hemos cumplío y si aluego hacemos como ellos, las cosas no irán bien porque vale más ir a la misa que hacer las andas al Cristo Santísimo, digo yo. Pero como estábamos atrasaos a lo mejor no es asina y en la piscina no hay nada malo, pero yo no me lo creo.

Que no te olvides de lo de la Felisa y que avises cuando llegas y que te cuides y mires por tu bien.

CHARLA

Y el buen hombre se murió sin pena ni gloria. Como había vivido Y así, de improviso, se encuentra ante las puertas del cielo, donde un ángel le recoge, lo lleva ante un gran libro donde su nombre, exacto, figura al principio de la página.

—¿Este eres tú?, —le dijo el ángel.

—Sí, ese es mi nombre.

—Y... ¿qué lees en ese libro?

—Tal vez, no vea bien, me faltan los lentes; ¡sabe usted con la prisa con que me sorprendió la muerte!, sin apenas darme cuenta, se me quedaron por allá abajo.

—No. Tu vista es clara. Ya no tienes defecto físico alguno. Mira—y le enseña otras páginas del libro, llenas de escritos, claros, clarísimos, no daban lugar a duda: veía perfectamente.

—Entonces... ¡mi página está en blanco!

—Cierto. Esa es la historia de tu vida.

—Pero... ¿es que yo no tuve historia?

—Para lo que cuenta aquí arriba, no.

—Yo nací, allí estoy apuntado en el Juzgado de mi pueblo. Me casé. Tra-

bajé bastante, tuve hijos, y casi me hice viejo.

—Eso nada nos dice a nosotros. Aquí sólo se apuntan los actos malos y buenos que hayas hecho en tu vida.

—Yo... malo nunca hice nada. De eso estoy seguro.

—Si lo hubieras hecho, aquí estaría escrito.

—Y bueno... bueno... no sé lo que llamaréis hacer algo bueno, pero por el mundo, el no hacer mal, ya es mucho y por cierto no muy corriente.

—Eso es en el mundo, pero allí estáis de paso solamente. Vuestro destino es este. Para eso vivís muy poco tiempo, tan poco tiempo que desde aquí sólo parece un segundo, un instante, toda vuestra existencia, por muchos años que viváis en la tierra.

—Y si nada malo hice ¿qué puede pasar?

—Eso Dios decidirá. Lo peor es que tampoco has hecho nada bueno.

—¡...!

—Pasaste los años de vida, sin preocuparte del prójimo, sin atender, en lo posible las necesidades ajenas, sin ocuparte nunca de que tenías un alma y que Dios te había impuesto unos deberes que cumplir. Desde muy niño, dejaste de frecuentar la Iglesia, por despreocupación, por abandono, porque en la Iglesia, decías, había personas que para tí eran unos hipócritas, tratando de juzgar los actos ajenos con ligereza y sin fundamento, incluso a la hora de la muerte, ni te preocupaste de que un sacerdote te ayudase en los últimos momentos.

—No sabía que tenía todo eso tanta importancia.

—Dios te dió una inteligencia para que meditases los actos de la vida, y la comodidad, la despreocupación, te resultaron más cómodo que el molestarte en resolver el problema que tu conciencia te planteaba algunas veces.

—Yo me limitaba a no hacer mal.

—Y no es bastante. Tenías que haber hecho el bien. Haberte preocupado de la educación religiosa de tus hijos, de sus costumbres, de ser un hombre religioso, que para eso naciste en un país donde ejercer la religión y cumplirla es fácil.

—¿Y crees que no habrá perdón para mí?

—Dios decidirá, pero yo debo decirte que tu pecado está en no haber hecho algo bueno. Ya ves la página de tu vida: está en blanco. Y tu abandono religioso es muy grave.

—Fuí siempre a Misa los domingos y días de fiesta.

—Por eso, te digo, que tu página está en blanco. Cumpliste, como por compromiso con la Iglesia, y... nada más. Y ¡cuantas veces, Dios, llamó a tu corazón! ¿Recuerdas...?

—¡Sí!... alguna vez, mi conciencia me parecía decir que Dios...

—...que Dios estaba cerca de tí, y te llamaba. Cuando aquella catástrofe, cuando aquella muerte de tus padres... cuando aquella enfermedad... en aquella Misa, donde el predicador creías se refería a tí...

—¿Recuerdas...?

—Si... sí... que recuerdo. Ahora veo muy claro. Antes..

—Antes... no quisiste oír y rechazaste la llamada de Dios.

—¿Crees, que estaré perdido para siempre?

—No sé. Yo nada puedo decir. Dios en su inmensa justicia decidirá de tí. A veces, pienso, si no habría que ampliar el Limbo de los Niños, para muchos inconscientes de buena fé.

—Yo recuerdo haber oído hablar en mi niñez a los predicadores, de la justicia de Dios... pero también recuerdo haber oído hablar de su misericordia y de su gran amor. ¿Crees que podré tener alguna esperanza?

—No lo sé. Dios decidirá de tí.

Don Justo

LA ORACION

Aquí vamos a rezar,

en la calle solitaria,

porque en cualquiera lugar

a Dios se puede elevar

una sentida plegaria.

Que es única condición que a nosotros cumplir toca, que sea nuestra oración más que dicha con la boca dicha con el corazón.

Así, he de considerar, cuando me ponga a rezar, que en todas partes contemplo que todo el mundo es un templo y cualquier sitio un altar.

Y Dios nos oye apiadado nuestro suplicar sentido, si el corazón ha rezado, lo mismo en sitio poblado que en un rincón escondido.

Que Dios, que todo lo llena, tiene puesta su atención en escuchar la oración que en todo el mundo resuena si la reza el corazón.

Hermenegildo Rodríguez

Comentando

La fantasía

Colón descubrió América, como todos sabemos, y también sabemos todos que muchos otros se apresuraron de lo lindo de su descubrimiento, y fueron conquistadores del Nuevo Mundo. Pero hay otro mundo, quizás más importante que el de América, y desde luego tan grande que carece de límites, que es el de la Fantasía. No sé a ciencia cierta quién fué el peregrino mortal que lo ha descubierto, pero

sí puedo afirmar rotundamente quién es el principal conquistador de él.

Vive actualmente, y no pasa en su edad, de los treinta y cinco años. Ocultaré su nombre, porque no se me revuelva, pero sí os diré algunos detalles pintorescos de su preciada conquista. Nuestro héroe (y nunca con más propiedad se ha dado este apelativo) da de su vida datos concretos, y nunca contradictorios, por los que nos asomamos a la ventana de lo inverosímil y de lo extraordinario. Visitó Rusia, donde fué pope de complemento; Escandinavia, donde formó parte del Jurado del premio Nobel; Alemania, donde en una 2V hizo excursiones sorprendentes; Bélgica, donde actuó de buzo; Luxemburgo, donde casi hace matrimonio con la Gran Duquesa X; aterrizó, como paracutista en Hungría, tras el telón de acero; cazó ballenas en el Artico; pilotó un tanque en Corea; formó parte de la Comisión de Armisticio en El Chaco, y pescó calamares en el río Piles.

Los secretos de la bomba atómica son para él, pan comido, igual que los últimos adelantos de la cirugía y la mecánica. Sabe construir aviones de todos los tipos, y aun de aquellos que no se han inventado hasta la fecha. Practica con la máxima perfección, de campeonato mun-

dial, todos los deportes, y tiene un caballo magnífico que le está criando un tío suyo de México. Con su escopeta yanqui, regalo de un pariente neoyorkino y su equino groelandés de pesca sumergida, recuerdo de un íntimo amigo esquimal, hace las delicias de su mesa, a la que acuden los más altos magnates de la industria, de la ciencia y de la política mundiales. Yo nunca comí en su casa por temor a no saber codearme con tan altos invitados. Es cierto que él nunca me ha invitado, pero una pequeña falta de memoria, cualquiera la tiene.

Sabe de todo, y de todo habla con una osadía de locura, aun con los técnicos de cada materia. Para él no hay secretos ni en el cielo ni en la tierra, así que no teme meter la pata en ninguna conversación.

Yo, un día, sumé los meses que había empleado en cada una de las ocupaciones que había tenido, y me salieron ciento veinticuatro años y medio. Creo que el equivocado en el cálculo, sería yo, ya que no me atrevo a achacar equivocaciones de esa especie a tan sabio personaje. Y, naturalmente, no me atreví nunca a decírselo, por si acaso me salía con una teoría nueva sobre la relatividad, o cosa parecida, que

me hiciese cerrar el pico, y avergonzarme de mi metedura de pata ante personaje tal.

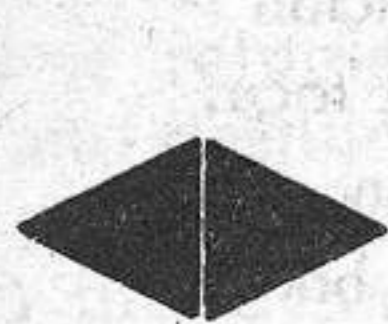
Conquistó su mundo, y en él vive tan tranquilo, feliz y fuera de preocupaciones, trabajando en un humilde trabajo, él que tan altos cargos ha desempeñado, y que principalmente ha tomado parte en la actual situación del mundo.

No os quiero confesar su nombre, para que no le conozcáis, pero sí os puedo asegurar que el cura que le bautizó debió de haber presumido todo lo que el muchacho iba a dar de sí, ya que le puso el nombre que, efectivamente, le va más a la medida, y le retrata de cuerpo entero.

Hero

Ya han correspondido muchos suscriptores a nuestro aviso del número anterior, respecto a la demanda de periódicos para los alumnos de las escuelas; pero no obstante, no ha sido suficiente el ofrecimiento que se nos ha hecho y esperamos en este mes llegar a poder atender a todos en sus deseos.

Almacenes



Arbués

Covadonga, 27

Materiales de Construcción

Material de "URTELLITA"

Planchas, Tubería, Depósitos

Gijón

Teléfono 1817

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 — GIJON — Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-BELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)